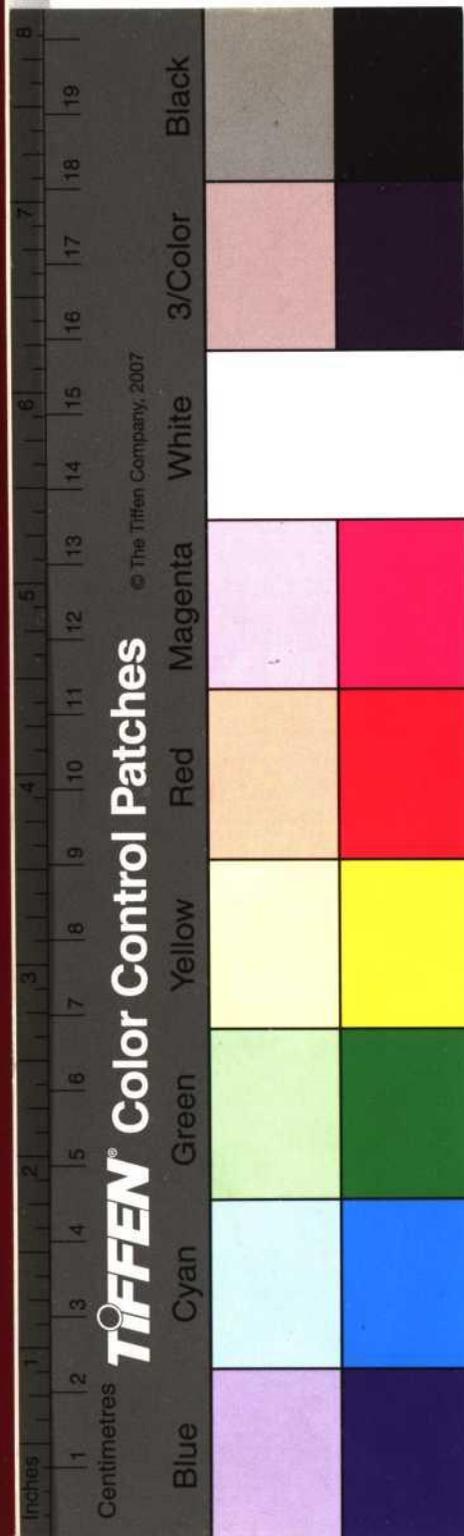




EDUARDO BARRON

escultor

1858 ~ 1911





DECL
D

C. 1052476
Hil. 42843

EDUARDO BARRON

escultor

1858 ~ 1911

**CASA DE CULTURA DE ZAMORA
INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS «FLORIAN DE OCAMPO»
MUSEO PROVINCIAL DE ZAMORA**

R. 34754





Eduardo Barrón.
Hacia 1878-1880.
Colección familia Barrón.

Ya no están las torres de la Gobernación y el Pero-Mato. Las huellas de la ciudad antigua desaparecen y Zamora necesita recuperar sus figuras para hacer la historia del presente, la historia que le pertenece.

Se pretende citar a la tradición como fuente de imágenes creadoras y aquí está nuestro interés por este artista.

Deseamos que Eduardo Barrón sea una figura rescatada del olvido y que, tras una larga ausencia de vacío, sentida y añorada, pueda ofrecernos nuevas lecturas artísticas. Las obras de Barrón sobreviven e interesan, porque son buenos vehículos para nuevas ideas.

La Casa de Cultura de Zamora, el Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo» y el Museo Provincial de Zamora, en colaboración con otras Entidades, han hecho realidad esta exposición-antológica del escultor Eduardo Barrón. Los estudios histórico y artístico de los historiadores Miguel Ángel Mateos y Jesús Urrea, respectivamente, han hecho posible que su época y su obra puedan ser conocidas por parte del gran público. Y que, el desconocimiento que del artista se tiene, pueda ser sustituido por el interés, que creemos, va a despertar ante su extraordinaria personalidad artística y humana.

Tú, Barrón, nos devuelves la sensación íntima de la memoria y nos ayudas a encontrar nuestro pasado más próximo.

Sonsoles Vallina

3
-AM

Centena

R. 14.628

200 pesetas

ZAMORA ILUSTRADA

1902
1903



Vista de Zamora.
(Procedente de Revista «Zamora
Ilustrada: 1881-1883»).

LA ZAMORA DE BARRON (1858-1911)

«EL ENCANTO» DE UNA BURGUESIA PROVINCIANA

I) EL DESPEGUE DECISIVO DE LA INFRAESTRUCTURA DE COMUNICACIONES.

La provincia de Zamora permanece estancada en el más completo aislamiento hasta la segunda mitad del siglo XIX. Su ritmo está retenido, como paralizado, dentro del marco general del Antiguo Régimen. La subversión de valores que había generado la Guerra de la Independencia y las modificaciones en el régimen de tenencia de la propiedad agraria, efectuado a lo largo de las desamortizaciones, no habían sido revulsivo suficiente para modificar el panorama general de un Distrito recientemente reestructurado a fines de 1833.

Lo que define a la provincia es que a su situación marginal en el contexto geográfico e histórico se le adiciona el convertirse en zona marginada de las grandes líneas del desarrollo industrial español a lo largo y ancho del siglo XIX.

Sin embargo, a la altura del último tercio del siglo, se va diseñando su red viaria. En 1852 Zamora conectaba con Valladolid, en 1854 se inauguraba el tramo Zamora-Salamanca por el Cubo del Vino dentro de la carretera general de Villacastín a Vigo.

En el último quinquenio de la década de los cincuenta, modificando un antiguo proyecto trazado en paralelo a la frontera portuguesa, Zamora se aproximaba a Galicia (Orense-Vigo) a través de Mombuey y Puebla de Sanabria, salvando un medio geológico adverso: puente sobre el río Esla en Ricobayo, las estribaciones de la Sierra de la Culebra, o abriendo las Portillas en el corazón de la Segundera. Ingente labor de ingeniería realizada a base de presidiarios y cautivos en un ambiente infrahumano, como han testimoniado documentos coetáneos a los hechos.

En 1864 se ponía en funcionamiento el ferrocarril Medina del Campo-Zamora, vinculando la producción agropecuaria de la Cuenca del Duero, a través del Puerto de Santander, a los restos coloniales de nuestro imperio indiano.

Hacia 1870 la Diputación acomete la construcción de carreteras provinciales, siguiendo un sistema radial desde la capital, permitiendo conexas a ésta con sus partidos judiciales de Benavente, Villalpando, Fuentesauco, Bermillo y Alcañices.

En 1876, en dictamen firmado por los diputados provinciales Felipe Rodríguez, Alonso Román Vega y José San Román con Don Federico Cantero, la Diputación se compromete a la realización del ferrocarril Plasencia-Astorga, en la parte correspondiente a la provincia, con un presupuesto de seis millones de reales, y al que, posteriormente en 1881, se adicionaba un millón y medio de pesetas. Desembolso que al fin no tuvo que hacer la Corporación, pues por telegrama de 1-XII-1881 el Sr. Conde de la Patilla, representante en Cortes por el distrito de Benavente, se dirigía al Presidente de la Diputación comunicándole textualmente: «El 1 de Enero se presentará en las Cortes proyecto de Ley concesión de un ferrocarril de Malpartida a Astorga pasando por Zamora y Benavente» (SIC).



Don Práxedes Mateo Sagasta,
Presidente del Consejo
de Ministros y Diputado
a Cortes por Zamora.



Doña Angela Vidal, esposa
de Sagasta, y familia de los
Galarza-Vidal.

Las carreteras comarcales y caminos vecinales se extendían como una gran malla asimétrica rodeando toda la provincia. Fueron realizados con gran penuria de medios por parte de la Diputación y no menor de los Ayuntamientos.

El artífice, proyector y realizador del plan viario provincial, fue D. Práxedes Mateo Sagasta, quien renunció a una cátedra en la Escuela de Caminos por una plaza en Zamora como ingeniero provincial y que, posteriormente, se casó con la zamorana D.^a Angela Vidal, hija del coronel criollo D. Pedro Celestino Vidal. Su boda, mediante raptó en Zamora, constituyó todo un poema romántico, digno de un autor de leyenda. Su rectitud en el proceder y el desinterés con que realizó sus trabajos le granjearon en Zamora universales simpatías, eligiéndole varias veces como su representante en Cortes. —Cuando accedió a la Presidencia del Consejo de Ministros en 1881 era diputado por el distrito de Zamora— Emparentado con los Galarza, los Requejo y los Aguilar constituyeron en Zamora un clan oligárquico que les permitió controlar el poder durante, al menos, la primera etapa de la Restauración. Ello explica la presencia constante en las pugnas electorales del Partido Liberal Fusionista en la provincia, siendo Zamora un reducto Sagastino a lo largo del tracto histórico objeto de nuestro estudio.

II) LOS EFECTIVOS HUMANOS: UNA DEMOGRAFIA EXCEDENTARIA.

Desde el censo de Godoy en 1797, que asigna a la provincia 141.617 habitantes, hasta el más fiable de 1857, cuya población asciende a 249.195 almas, la provincia de Zamora aumenta el 75,96% de su anterior población; siendo su crecimiento muy superior a la media nacional que se mantiene por debajo del 50%. La zona de mayor crecimiento fue la situada al Oeste de la línea del Esla y fundamentalmente el partido judicial de Puebla de Sanabria, que pasó de 13.440 habitantes en el primer censo a 36.947 habitantes en el de 1857. La razón de este excepcional crecimiento se debe a un mejor reparto de la tierra y, sobre todo, al parcial mantenimiento de los bienes comunales y de propios de los Ayuntamientos.

¿Cuál es la razón del crecimiento demográfico provincial en este período?. En nuestra opinión ello es debido a la menor incidencia de las crisis de subsistencia, de las malas cosechas, de la escasa emigración por falta de redes viarias y, fundamentalmente, por contar con pósitos y paneras bien guarnecidos de cereales y leguminosas que le permitieron hacer frente a la epidemia y al hambre.

Sin embargo, a partir de 1860, Zamora experimenta un freno en su evolución demográfica. En el período 1860-1900, la población de la provincia ha crecido solamente en 26.383 habitantes en cifras absolutas, lo que significa un aumento del 10,59%. Las razones son inversas a las anteriormente expuestas. Desde 1900 se inicia ya la constante sangría de efectivos humanos dentro de los núcleos rurales de la provincia. De esta forma los 275.545 habitantes de 1900 se convierten en 266.215 en los años veinte de la actual centuria. Los nacimientos han descendido y superan a las defunciones, pero el crecimiento vegetativo, a pesar de ser positivo, convierte al censal en negativo por la incidencia de la fuerte tasa emigratoria, 47.550 zamoranos han abandonado la provincia. En términos relativos ello representa el 17,86% del total.

La inflexión demográfica como consecuencia de la epidemia de 1834 que obligó a las autoridades a sacar de la ciudad los enterramientos, trasladándolos a la ermita-alberguería de San Atilano, o del «cólera-morbo asiático» o «gallego» de 1854, como le denominan por su procedencia, motivó al gobernador Guerola a colocar un cordón sanitario en las Portillas y a inspeccionar a los campesinos gallegos, que se trasladaban en el verano en busca de jornales, empleándose en labores de recolección; o del «cólera morbo» de 1885 agravado con la extensión de la filoxera en las comarcas de la Tierra del Vino. Se perciben mucho menos esas inflexiones en la pirámide de población que la epidemia de 1918, que afectó en mayor medida a la provincia y fundamentalmente a la ciudad.

Zamora se ha incorporado a un régimen demográfico moderno. Pero al mismo tiempo dibuja un modelo que ha cristalizado en nuestros días: la expulsión demográfica rural que los núcleos urbanos, incluida la capital, son incapaces de absorber. La crisis agrícola ocasionada por la Gran Guerra, la apertura de compuertas a Europa y América y, fundamentalmente, la expansión industrial catalana y vasca, impulsaron los desplazamientos internos de la población, vaciando al centro mesetario. La población que emigra es además una fuerza joven, dinámica y básicamente masculina. El motor generador de los mecanismos económicos estaba entumecido y sin remedio.

Una característica aún más significativa de su arcaísmo la constituye la distribución de su «habitat». Así más del 75,17% de la población es rural y vive en entidades de población o en núcleos poco concentrados, de menos de 1.500 habitantes. Todo ello representa nada menos que el 94,11% del total de los Ayuntamientos de la provincia de Zamora.

La capital tenía, el año que nació Eduardo Barrón, 13.025 habitantes y el año de su muerte contabiliza 16.955, no más de 4.193 hogares o vecinos. Cifras muy próximas, entonces, a otras capitales castellano-leonesas como León y Burgos y, por supuesto, superior a Palencia, Segovia, Avila, etc.

III) EL ESTANCAMIENTO ECONOMICO Y LA PREEMINENCIA DEL SECTOR AGRARIO. INCIDENCIAS DECISIVAS EN LA SOCIEDAD ZAMORANA.

El predominio del sector primario, y especialmente el agrícola, se refleja tanto en los índices de población activa empleada: de más del 85% en 1860, del 81% en 1900 y, todavía en 1930, con un porcentaje del 65%; como en las fuentes de riqueza basadas en el trigo y la vid y sobre todo en el decisivo peso que representa, dentro de la producción final, en la riqueza de Zamora, cuya fuente de ingresos en más del 85% procede de los sectores agropecuarios. A pesar de su escaso desarrollo, el agro zamorano es extraordinariamente complejo. Las transformaciones en la agricultura, de hecho generalmente lentas, aquí han sido retardatarias en exceso por la oposición tradicional del agricultor a todo tipo de reformas.

Las variadas zonas dibujadas en el mapa provincial: de bosques de robledales con predominio ganadero en Sanabria, exportador de cabezas de ganado a Portugal a través de Alcañices y Calabor; del centeno de Aliste y Sayago; del trigo de Tierra de Campos y Tierra del Pan; de la vid de las comarcas al Sur del Duero así como los olivos de Fermoselle y las frutas selectas de la Vega Toresana, etc., reflejan una clara diseminación de los núcleos productores de la economía agraria. Resulta imprescindible destacar la línea divisoria que marca el río Esla, que al ser paralela a la influencia de la red viaria, secciona a la provincia en dos zonas diametralmente opuestas: a) el Oeste más ganadero que agrario, de predominio del minifundio y de pervivencias de la propiedad comunal, producción residual de economía autárquica y de costumbres arcaizantes, fiel consecuencia de su aislamiento y exponente de una economía de subsistencias; b) el Este, con un sistema de tenencia de la tierra donde el predominio de la mediana, e incluso gran propiedad, se presenta bien conexionado con la España del Norte y del interior y, por lo mismo, se inscribe en el círculo modernizador, en su tiempo, de una agricultura extensiva, de secano, especializada en el monocultivo—trigo o vid— y fundamentalmente comercializada en el círculo del mercado nacional creado en la etapa moderada de la era isabelina.

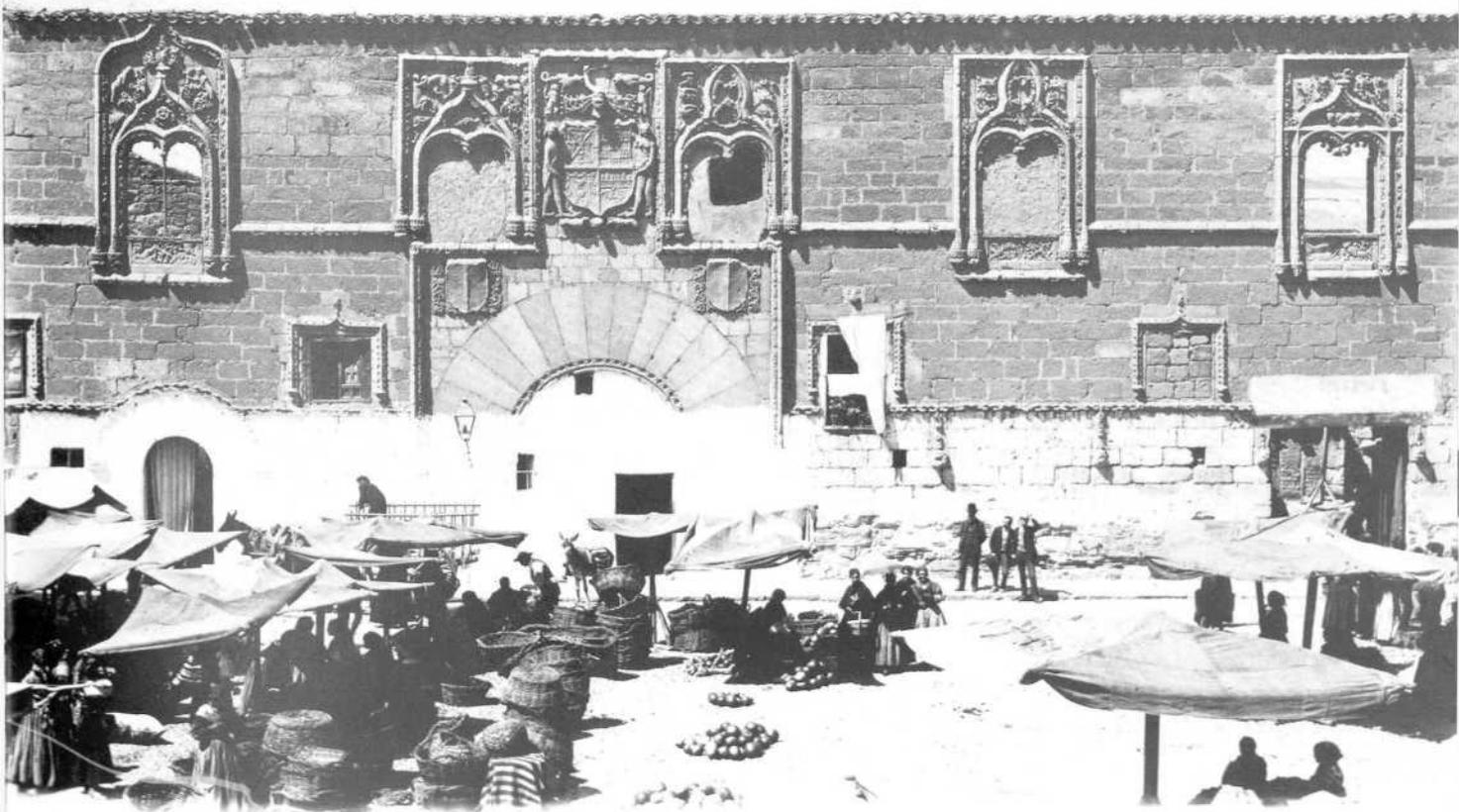
Esta imagen dual, que con mayor o menor proyección, se ha transmitido de nuestro paisaje agrario, con sus diferencias económicas y sus modos y comportamientos sociales colectivos, tiene su origen, su desarrollo y su cristalización en el arco cronológico del último tercio del siglo XIX y primeras décadas del presente, precisamente coincidiendo con el período histórico vivido por el escultor Eduardo Barrón.

El contraste entre la Zamora en que nació Barrón, finalizando ya la década de los cincuenta, con la Zamora en la antesala de la I Guerra Mundial, que coincide más-menos con su muerte, es tan profundo y diagonalmente tan opuesto como el existente entre las tierras que divide el río Esla.

Cuando Eduardo Barrón, en abril de 1858, nace en Moraleja del Vino, la provincia tiene todavía un relieve geográfico difícilmente esquivable, sin medios modernos de transporte, lo cual hace de su mercado «una agregación de células rurales» aisladas y con un comercio insignificante entre ellas. La deficiente estructuración del mercado interior, con su escasa capacidad de compra, dominado por la

feria —Botijero, de Gracia, Corpus, o San Pedro— y los mercados en días fijos (martes, viernes y domingo) y en lugares concretos (en Fray Diego de Deza: la venta de carbones; en la Plazuela del Hospital: hortalizas y cacharros; en San Gil: el ladrillo y la teja; en la Puerta de la Feria: dónde los «carrucheros» de Sanabria vendían sus nueces, castañas, peras y manzanas; en Santa Eulalia: el trigo; en Malcocinado: los pescados; en los Momos: frutas y huevos, etc.), es reflejo, asimismo, de una agricultura vieja donde tradicionales condiciones de producción hipotecan estrechamente las posibilidades de progreso de una agricultura a la que, salvo excepciones, ni la abolición del régimen señorial, ni el largo y vasto proceso de desamortización eclesiástica, han servido para arrancarla del estancamiento secular y para convertirla en un factor dinámico para el proceso industrializador.

Plazuela de los Momos.
El mercado difuso de la Zamora preindustrial.



Exactamente, como ha subrayado Madoz, la actividad industrial, comercial y minera podía despacharse en trece líneas, referidas a una artesanía gremial, sin apenas incidencia de la máquina productora de paños toscos, mantas y balletas, tahonas, zapaterías y plateros y dónde sobresalía únicamente una fábrica de sombreros. Sin más alojamientos para transeúntes que media docena de posadas intramuros y un par de ventas en los arrabales. Sin más diversiones que el Teatro —por antonomasia: El Principal— los toros en la plaza de madera, provisionalmente edificada en las Cortinas de San Miguel —con corridas por la Feria de Botijero o San Ildefonso—, el paseo por San Martín «el de Abajo», las distracciones y esparcimientos que suponían romerías, fiestas gremiales y parroquiales y sus procesiones.

Por otra parte, terminaba de inaugurarse el «Ateneo» zamorano con aulas de declamación dedicadas a Alarcón, de música (Mozart, Cuartetos Clásicos). Se había potenciado y ampliado (1854) la Sociedad Económica de Amigos del País —con sede en la calle de San Andrés—, se creaba el Liceo Artístico y Literario, refundiendo la decaída Sociedad Dramática, y se establecía por Real Orden del 12-VII-1846, el Instituto Técnico, instalándose el nuevo centro en el Convento de las Concepcionistas. Su primer director fue D. Antonio de Jesús Arias, catedrático de retórica y poética y, posteriormente diputado por Zamora y subsecretario del Ministerio de Hacienda.

Cuando al finalizar el año 1911 muere en Madrid Barrón, la provincia y la capital han modificado sus estructuras hasta el extremo que Zamora, sin haber perdido su vieja estampa medieval y románica, ha adquirido el tono y talante entrañable de una ciudad provinciana, pequeño burguesa y hogareña, típica de la Primera Restauración.

El ferrocarril, las carreteras y caminos han superado, bien que parcialmente, el aislamiento de Zamora. Se construyen los nuevos puentes metálicos del ferrocarril y de hierro, realizado éste por La Duro-Felguera e inaugurado en 1901. Se restaura (1905), desmontando sus torres, el puente de piedra de estilo protogótico, perdiendo su fisonomía como uno de los centros definidores de la ciudad.

Se instituye en 1886 la feria mensual de ganados los días 12 y 13 y se inician las obras del Mercado de Abastos, sobre los cimientos de la iglesia románica de San Salvador de la Vid, centralizando con ello gran parte de las ventas antes esparcidas por las plazuelas y mercadillos.

Se extiende la ciudad y para «su mejor ventilación» se rompe el viejo cerco murado, desmontándose las otrora famosas puertas de Santa Clara, San Torcuato, Santa Ana, Tajamar, La Feria, San Pablo, El arco de Puerta Nueva, las torres del Consistorio, el torreón de los Monsalve, etc. Se inicia el ensanche y la apertura de la ciudad murada hacia nuevos espacios: barriada-fundación de D.^a Candelaria Ruiz del Arbol. Hubo mejoras importantes en empedrados, alineaciones y nuevas rotulaciones. Se vertebró el comercio en el eje Rúa de los Francos, Renova, Santa Clara, adecentando nuevas calles —callejón de los Cosmes: Alfonso XII; Estudios: Benavente—, otras surgieron de nueva planta como la modernista calle de Viriato, o se remodelaron plazuelas: Sagasta, San Gil y Descalzos...

La compañía Douvrai y Simpson firmó con el Ayuntamiento escritura pública el 1-VII-1870 con proyecto de D. José María Pérez, colocando una máquina de vapor que hacía posible la subida de las aguas del Duero hasta las calderas del depósito en el alto de San Torcuato —denominado poco después calle Víctor Gallego en recuerdo de uno de los alcaldes más emprendedores de la ciudad—.

El 1 de Marzo de 1873 se inauguraba la subida de aguas, instalándose diversas fuentes en los puntos más concurridos de la capital: fuente del Canapé en el Paseo de San Martín, Glorieta, Plaza Mayor,



Visión panorámica del viejo puente de piedra con las torres barrocas, anterior a su demolición en 1905.



ALFONSO XIII

R. PADRÒ
MADRID
1902



Plaza de la Cárcel, etc. Un erróneo cálculo de inversión originó un famoso litigio entre la Compañía y el Ayuntamiento. El Tribunal Supremo falló en contra del municipio lo que supuso un notable desembolso, cifrado en varios millones de reales. Para saldar el déficit se desamortizó y vendió el Monte Concejo.

A principios de 1896, con grandes fiestas y verbenas se instalaba la luz eléctrica, se establecía la empresa del Porvenir, desapareciendo los faroles, candiles y lamparillas del deficiente alumbrado público.

Cuando declinaba 1906 D. Federico Requejo, subsecretario de Hacienda, enviaba un telegrama de enhorabuena por el establecimiento de la red telefónica de Zamora con la capital de España. Se habían realizado con ello los progresos e inventos técnicos de nuestro tiempo.

Se embellecía la ciudad enriqueciendo el romántico paseo de Valorio, habilitándose una magnífica fuente; el Paseo «de las Pallas» o los Tres Arboles se convertía en refrigerio veraniego. Se remodelaba San Martín y se establecía un templete en la «Glorieta». En el Paseo de Tordesillas se había instalado la vieja Puerta del Pescado no mucho más allá de donde se situaba la josa «de la Tosa» de D. Anastasio de la Cuesta, protector y amigo de nuestro artista.

Los espectáculos y las diversiones, aún siendo de minorías selectas, aumentaban la participación ciudadana. Así, en 1875, se formó una sociedad para construir una nueva plaza de toros de piedra junto a las canteras del matadero. Sin haber sido acabada, presencié las faenas de los afanados Frascuelo y Mazzantini, inaugurándose para la Feria de San Pedro de 1889 con el célebre mano a mano entre Guerrita y Pastor.

D. Eduardo Calmarino restauró el Teatro Principal y encargó al pintor catalán Antonio Bielsa el decorado de la techumbre con cuatro alegorías de las artes escénicas, colocadas en ricos medallones. En el Horno de San Gil —actualmente Diego de Ordax— se estableció el Teatro Ayala, donde destacaba por sus representaciones muy populares el célebre Perico el Farolero. Y en la Plaza de San Ildefonso se construyó el Salón Viriato de la Sociedad de Declamación y Baile introduciéndose los modernos organillos...

Sobre el viejo edificio de los Campomanes se construyó el nuevo Palacio de la Diputación Provincial —su primitiva sede había sido el Hospital Sotelo para mujeres en la esquina de la calle del Riego— cuya portada realizó Eduardo Barrón, colocando en las enjutas a modo de clipeos renacentistas a sus amigos de Moraleja: Daniel Almazan e Ildefonso Avedillo, y en las jambas sus iniciales y el año de su realización, 1881. El salón de actos es decorado por Ramón Padró por la suma de 10.000 ptas. Obra que tenía terminada en la primavera de 1881 y que por haberla realizado al óleo pidió un incremento adicional que la comisión no concedió en cumplimiento estricto del contrato firmado.

En el convento de los Trinitarios se establecía la Comandancia militar, en el de Santa Marina el Gobierno Civil, Hacienda y Teléfonos. En su iglesia «La Preciosa Sangre», instituyó Alfonso XII el Museo Provincial (10-IX-1877) para la Comisión de Monumentos, celebrándose la sesión académica en el Instituto, leyendo el joven discípulo de D. Ramón Alvarez, D. Eduardo Barrón, unas palabras de salutación al Rey, de quien recibió un diploma.

El cuartel de la Guardia Civil se instaló en un Palacio de corte renacentista con bellísimos tondos platerescos, donde posteriormente se residenciaría la Casa General del convento «Amor de Dios», reedificada a espensas del Ayuntamiento por pleito perdido con el Obispado.

En la casa solariega de los marqueses de Quintana, que se extendía por la «Plaza de la Yerba» desde

el inicio de la Calle de Viriato hasta la entrada en Santa Clara, se domicilió «la Vieja Administración», reedificándose posteriormente el café París y la casa de D. Felipe Rodríguez y Rodríguez notable político liberal y diputado por Sanabria y Zamora.

Se fundaron cafés modernos, El Suizo, donde estuvo el Círculo de Zamora en Santa Clara, el Café Español, en la Casa de las Panaderas. En las terrazas «del París» se servían los ricos helados de copa, denominados Arlequín —a base del hielo conservado en los pozos durante el año, huevos y caña de azúcar, traída directamente de Cuba— El Parador del Peso, en la Plazuela del Fresco, era lugar de cita «de viajeros catalanes», como se denominaba entonces a los representantes de comercio. Se establecieron modernas fondas para mercaderes y turistas, figones para tratantes: Como «La Tranca» y «El Quico».

Por Real Orden de 15-III-1902, se aprobaba el nuevo proyecto del Instituto General y Técnico con un presupuesto de 1.085.000 ptas., cuya primera piedra colocó el 29 de Junio el conde de Romanones, ministro de Instrucción Pública, con posterior discurso del rector de Salamanca D. Miguel de Unamuno.

En el año 1903, el Regimiento de Toledo 35 venía a sustituir al de San Marcial 44, acuartelándose en el viejo casón dieciochesco que realizara D. José Barcia en la Plaza de Palomar Grande, vulgo Cuartel.

La prensa diaria, en formato de boletín breve de noticias y aligerado de comentarios, comenzó a mediados del siglo con «El Duero» y «El Iris de Zamora».

En el sexenio revolucionario destacaron «La Señal Bermeja», «La Correspondencia», «El Popular Zamorano», y, sobre todo, «La Feria», que ofrecía interesantes grabados de tradiciones y folklore zamorano. Durante la Restauración destacaron «Peromato» y «Botijero», «el Independiente Zamorano», formador de la opinión liberal, «El Brazo de Viriato», órgano republicano federal de oposición al régimen; y, ya a fines del siglo, el «Heraldo» (1896) de tendencia liberal progresista, defensor de los intereses de la burguesía agraria zamorana; el «Correo de Zamora», diario integrista, órgano del carlismo y divulgador oficioso de la diócesis zamorana. Pero, sobre todo, merece destacarse la «Zamora Ilustrada» (editó 100 números ininterrumpidamente del 9-II-81 al 26-VI-83). Fue semanario cultural y artístico, magníficamente ilustrado y dirigido por D. Ursicino Alvarez Martínez. Llegó a alcanzar notoriedad fuera de nuestras fronteras en una imitación de lo que fue «La Ilustración Española y Americana».

En una capital provinciana como Zamora, diminuta y recoleta, de convivencia próxima y directa, destacaron personajes de gran popularidad, reconocidos a la manera aldeana por sus apodos. ¿Quién no recuerda al celeberrimo fotógrafo «Filuco»; a la «Rebotica», verdadero Ateneo cultural y político, como era el comercio de D. Joaquín del Barco en Sagasta; al célebre tamborilero «El Charfas»; al solista del Regimiento Toledo «Remigio»; a los «Colasetes» o a la inolvidable «Bujanda», rechifla de mayores y terror de chiquillos en los alrededores de San Martín y para quien D. Eduardo Barrón realizó un notable escudo en cuyos cuarteles se reflejan los sueños de grandeza de la perturbada señora, que dejó al Estado un importante patrimonio por morir sin haber realizado testamento?. En el solar de su casa se edificó un grupo escolar que el pueblo conocía como el de D.^a Tomasa García «La Bujanda».

Zamora había sustituido la radiografía sociológica del Antiguo Régimen dominada por la nobleza solariega: hidalgos y caballeros, el regimiento municipal, el Cabildo catedralicio, los síndicos personales y procuradores del común que vivían en casas y palacios con rancios signos heráldicos, todo

ello sustituido por el nuevo tipo de propietarios, hacendados, banqueros y comerciantes, dependientes todos ellos de una burguesía agraria que se acomodaba en viviendas modernas, cambiando las costumbres ancestrales por la sociedad del café, el casino, el Ateneo, el periódico, la tertulia en la rebotica, o el paseo hacia los nuevos espacios urbanos abiertos que configuran una nueva ciudad, definida por esta pequeña burguesía tan entregada a lo gesticulante y escenográfico que magistralmente escenificó el imaginero D. Ramón Álvarez en nuestra Semana Santa.

IV) EL PODER Y LAS ELITES: EL PERSONALISMO INSTITUCIONALIZADO.

Las élites son grupos reducidos y selectos que ejercen el poder o que tienen influencia directa o indirecta sobre el mismo.

El sistema político de la Restauración descansa sobre las tertulias de amigos, sin profundas diferencias ideológicas que, en el caso concreto de la actuación política en la provincia, se movían más por personalismos y diferencias de carácter y subjetivos intereses que por principios o posiciones doctrinales.

El sistema electoral se correspondía con los distritos unipersonales, auténticas células donde se condimentaban los asuntos públicos de la comarca con la anuencia del Gobernador Civil, que actuaba de intermediario entre los lugareños «caciques» y el notable prohombre en Madrid, que actuaba como representante de su poder en las Cortes. Así, desde mediados del diecinueve, existen dominios y zonas de influencia de determinados personajes, que inclusive se institucionalizan por la vía de la herencia o de la afinidad.



Don Félix Galarza y Díez Olaso.
Notable político liberal en la
etapa de la Restauración.

Toro-Fuentesaúco fue feudo tradicional de los Moyano-Samaniego, sobre los que influyeron como grupos de presión económica los grandes potentados de la desamortización: D. Manuel Villachica y González Allende (representados a nivel provincial y local por Matías Rubio, Antonio Hidalgo, Antonio Casaseca y Benito Samaniego). Actuaron en política de forma híbrida, a medio camino entre el moderantismo y el progresismo establecido. En el bando opuesto los Rodríguez —D. Genaro y D. Braulio— los García Solainde, etc. Posteriormente, Toro y Fuentesaúco, como distritos electorales ya separados, tuvieron en los Diez Macuso y en los Gullón y los Gutiérrez sus cabezas de fila. Una rama disidente y con ribetes de republicanismo histórico era la de Ruiz Zorrilla con vinculaciones familiares sobré la muy influyente y profesionalmente prestigiosa de los Ruiz del Arbol.

Zamora y su distrito tuvieron en Antonio de Jesús Arias, y más tarde en la línea conservadora de los Cánovas, propietarios de la dehesa de Valverde, los portadores de sus intereses. Se actuaba más frente al otro, que como afirmación de las propias convicciones o idearios doctrinales. Pero, sobre todo, Zamora fue feudo incombustible a los avatares políticos de la familia liberal progresista, representada en Sagasta y vinculada por línea de afinidad con los Galarza y los Requejo, que recogían por Alcañices y Bermillo la representación liberal, cuando el encasillado correspondía a los fusionistas, o se refugiaban en Zamora o en la Administración, cuando quienes hacían las elecciones eran los conservadores.

Otro grupo de enorme peso, en las comarcas de Sanabria y la Carballeda, era el clan denominado de los «Cervatos», alusión directa al bando de Villardeciervos que, dominando omnimodamente su distrito, donde tenían fuerte arraigo, consiguieron imponerse en Zamora, llegando inclusive a desplazar a la muerte de Sagasta (1903) a sus correligionarios intocables: nos referimos a Felipe Rodríguez y Rodríguez, De Jesús Santiago, Fabriciano Cid Santiago y los Rodríguez-Cid.

Ya con influencia más económica y sobre todo de gran prestigio social, aunque la política a veces también se utilizara como vía indirecta que materializase su dominio, estaban los Cabello-Septien, los Cancelo, los Sacristán, —procedentes de Rueda— luego emparentados con los Rubio, los Cantero, los Cuesta, los Miranda, etc.

En Villalpando, los Guerrero y Arrazola, José de Reina y posteriormente los Alba y los Mazo.

En Benavente, el marqués de los Salados y los Silvela por el bando conservador y, por el contrario los Barón y los Muñiz que alternaban como oponentes.

En Alcañices, Anastasio de la Torre apoderado del Marqués y su máximo testaferro plenipotenciario en la zona.

En Sanabria, los Aguilares, los San Román, los Mato —procedentes de Mombuey— y muy posteriormente los Escudero.

En un bosquejo sencillo hemos enumerado la presencia de los notables, sin la pretensión de relacionar a todos, ni de estudiar sus vínculos y relaciones de poder, ni por supuesto, como hacían su política particularista o se intercambiaban de bando.

La primera impresión es la falta de la antigua y rancia nobleza, dominadora otrora sobre la provincia durante el Antiguo Régimen. Ello puede resultar engañoso porque, todavía en 1875, los grandes contribuyentes de la provincia poseen título nobiliario, y, a veces, con la grandeza de España: Conde de la Patilla por Benavente; Duque de Osuna por Alcañices y Benavente; Conde de Oñate por Villalpando; Vizconde de Garci-Grande por Zamora; Marqués de Alcañices, Duque de Uceda, etc., etc.

Ellos controlaban aproximadamente el 20% del líquido imponible por amillaramiento sobre la



riqueza rústica de la provincia. Y, por supuesto, eran los representantes en el Congreso y sobre todo en el Senado a lo largo y ancho del período estudiado. Sirvan, a título de ejemplo: el Marqués de Santa Cruz de Aguirre, el Conde de Peñaranda de Bracamonte, el Conde de Villapadierna, el Conde de Oricain —D. José Reina y Frías—, el Conde de Torrependo, y los señores Marqueses de Alcañices y Tábara, etc. Si bien es cierto que alguno de ellos había sido ennoblecido en el reinado de Isabel II.

A nivel municipal nos aproximamos al mundo más cercano e interno de Eduardo Barrón en Moraleja del Vino. Había sido este municipio zona de foreros y pequeños propietarios de tierras dependientes del monasterio de Valparaíso y, fundamentalmente, renteros adscritos a la fábrica de la iglesia —es decir, al Curato— y a las cofradías de la Piedad y del Santísimo. Las desamortizaciones y la reducción posterior de censos modificaron las relaciones de propiedad y por ende del poder. De esta forma, a fines del XIX contaban con un padrón de habitantes de 2.492, que las crisis agrarias y la filoxera de fin de siglo fueron reduciendo paulatinamente. Prácticamente la totalidad de los vecinos se declaraban contribuyentes por riqueza rústica, pero no resulta menos cierto que el 71,97% de los mismos contribuían con menos del 19,11% al impuesto total sobre el municipio. Esta es la gran masa de los campesinos pobres. Existe luego una significativa faja del 22,20% de medianos propietarios, y el resto, en un número inferior a 40 de notables hacendados que controlaban más del 50% del líquido imponible por este concepto. La tierra es el símbolo más significativo del poder social y de la influencia política. La contribución comercial e industrial y la urbana significaban mucho menos en las relaciones de poder y en el prestigio social a exhibir por los notables lugareños. Sirva de ejemplo como el total por riqueza urbana impuesto a Moraleja en 1909 ascendía a 2.598 ptas. con 91 céntimos, mientras que el importe de su líquido imponible por riqueza rústica era seis veces superior. El mayor contribuyente lo era D. Salvador Jambrina Avedillo que controlaba el 4% del total de la riqueza rústica municipal. Junto con él estaban los Hernández Moyano, Almazán Albarrán, los Mela Arias, etc., que constituían el pequeño círculo de potentados locales, auténtica burguesía agraria que detentaba por sí o por otros el poder municipal.

En la década de los ochenta Moraleja disponía en la Diputación Provincial de un diputado que indistintamente se repartían: los Mela, los Fernández Jambrina y los Almazán. Baste recordar, como el gran mecenas de Eduardo Barrón para la concesión de la beca subvención de la Diputación fue el todopoderoso D. Ildefonso Avedillo, diputado a Cortes por Zamora y abuelo de D. Federico Requejo Avedillo, uno de los políticos que mayor influencia han ejercido desde la capital del reino en la provincia de Zamora.

Los Barrón, aunque remontan sus ancestros a la rancia hidalguía extremeña, su estancia en Moraleja era más bien humilde. Consiguieron ser dueños de la casa en que habitaban por compra realizada por D. Eduardo Barrón, siendo ya escultor consagrado. Su inmueble estaba situado en la calle de Santa Ana, 14, tenía una renta catastral asignada de 20 ptas. con cuota al tesoro e imposición adicional que no superaba las 3 ptas., 35 céntimos de contribución, en moneda del año 1911, justamente la fecha de su fallecimiento. El era uno más de los 379 propietarios con cuotas inferiores a 5 ptas. que contribuían a Hacienda por sus bienes urbanos.

Por esta razón, ya en Madrid el 4 de Noviembre de 1881 dirigía una carta a la Diputación Provincial cuyo contenido, resumido en el Libro de Actas del citado año, dice: «Se dio cuenta de un expediente en que D. Eduardo Barrón, pensionado por la Diputación para hacer sus estudios de escultor pide se le aumente la pensión para pasar a Roma a continuar sus estudios. Y la Diputación, teniendo en cuenta



la copia del certificado de las notas que obtuvo en el examen de fin de curso de 1880-81 y las cartas confidenciales dirigidas al Secretario de esta Corporación en que se manifiesta que pudiera ser de dos años el tiempo que durara la pensión, en vez de tres, acordó señalarle 3.000 ptas. anuales por espacio de dos años, sólomente que empezaría a percibir las desde el 1 de Octubre próximo pasado con cargo al presupuesto y significándole que la Diputación desearía le enviase algún trabajo de escultura que quede a su arbitrio elegir (sic)». Por supuesto la escultura que en su día concibiera Barrón para tal fin fue nuestro popular «Viriato».

No es este el lugar para realizar extensos comentarios, sirvan estas breves líneas de homenaje a quien, a pesar de los obstáculos de la época en que le tocó vivir, consiguió de sus paisanos la máxima consideración de respeto colectivo, reflejado en el Libro de Actas del Ayuntamiento de Moraleja del Vino de fecha 3-XII-1911 que, en sesión extraordinaria para recordar los éxitos de su vida en la hora de su muerte, y al margen de las concesiones retóricas de su época y del momento, reflejaban una sentida verdad en la expresión de su contenido: «Se acuerda que se perpetúe la memoria de D. Eduardo Barrón —concediéndosele el nombre de una calle, la de Santa Ana— a quien de origen honradísimo pero humilde supo elevarse a las esferas del arte y del saber, debido a su talento y trabajo, para que sirva de estímulo a la generación presente y venidera».

Miguel Angel Mateos Rodríguez

Presidente del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo

Nota: Dada la intención divulgadora y panorámica del presente ensayo, prescindimos de todo aparato documental y bibliográfico.



... Heme ante tus murallas,
fronteriza ciudad a la que siempre
el cielo sin cesar desasosiega.
Vieja ambición que ahora
sólo admira el turista o el arquólogo
o quien guste de timbres o blasones.
Esto no es monumento
nacional, sino luz de alta planicie,
aire fresco que riega el pulmón árido
y lo ensancha, y lo hace
total entrega renovada, patria
a campo abierto. Aquí no hay costas, mares,
norte ni sur; aquí todo es materia
de cosecha. Y si dentro
de poco llega la hora de la ida,
adiós al fuerte anillo
de aire y oro de alianza, adiós al cerro
que no es baluarte, sino compañía,
adiós a tantos hombres
hasta hoy sin rescate. Porque todo
se rinde en derredor y no hay fronteras,
ni distancia, ni historia.
Sólo el voraz espacio y el relente de octubre
sobre estos altos campos
de nuestra tierra.

(Ciudad meseta. Claudio Rodríguez).





Retrato de Barrón
realizado por Ulpiano Checa.
Roma, Academia, 1885-1888.

EL ESCULTOR EDUARDO BARRÓN

La biografía de Eduardo Barrón no puede ponerse como ejemplo representativo del comportamiento habitual del escultor español de la segunda mitad del siglo XIX. Tampoco su obra admite el rasero de medianía o vulgaridad de muchos de sus compañeros que como él pueden clasificarse dentro de los escultores realistas. Ni su vida destacó en hechos excepcionales ni su obra pasó inadvertida para sus contemporáneos.

Su nombre y su obra siempre han quedado fuera del anonimato que envuelve la abigarradísima nómina de escultores que vivieron en sus mismos días. Barrón ha sido continuamente destacado al igual que Jerónimo Suñol, Ricardo Bellver, Mariano Benlliure, Agustín Querol, Aniceto Marinas, Miguel Blay, Miguel Angel Trilles, Antonio Susillo y Mateo Inurria. A diferencia de muchos, Barrón ofrece una lista reducida de obras, pero a cambio sus aciertos escultóricos no permiten formular reparos de ningún tipo.

Vivió durante un período en el que se intentó, por todos los medios, llevar a cabo una escultura veraz. Sin embargo, casi todos los artistas se esforzaron en reproducir el detalle, muchos se conformaron con lo anecdótico y la mayor parte aspiraron a convencer al público con la traducción de las expresiones más sentimentales o vivaces. Pocos se preocuparon en realizar auténtica Escultura, carente de pictoricismos y convencionalismos amanerados, provista de verdad o pasión sentida e inspiradora de auténticos ideales. Sin embargo, en el catálogo de la producción de Barrón se puede encontrar grandiosidad, expresiones de firmeza, patriotismo convencido y todas las restantes características del estilo realista justamente interpretado.

La corta existencia de este hombre, de alta estatura y fuerte complexión física, barbado desde su juventud probablemente para ocultar sus gruesos labios, con calvicie prematura, de carácter serio y reservado, modesto y sencillo en el trato, algo retraído y de pocas palabras, nada aficionado al trato social, reflexivo y escrupuloso, hogareño, independiente, transcurrió exclusivamente dedicada a su vocación decidida en su adolescencia. Ensimismado en su trabajo, ajeno a las ambiciones triunfalistas de muchos de sus compañeros de estudios, desinteresado en acaparar encargos dentro y fuera de España, se preocupó solamente por conseguir la perfección de su obra, apartado de toda bandería política, exigiéndose continuamente a sí mismo y privándose de la gloria alcanzada con facilidad.

Su catálogo conocido ciertamente no es muy extenso, pero no por ello se le puede considerar poco fecundo. Su variedad en los géneros o asuntos que eligió o trató, demuestran lo contrario y avalan la imaginación de que estuvo dotado. El escultor Miguel Angel Trilles, que le conoció bien, pudo destacar como dotes propias de Barrón su capacidad para la composición, siempre resuelta con sencillez, buscando actitudes claramente definidas evitando la confusión provocada por el amontonamiento de figuras la gratuita multiplicación de escorzos, y el haber sabido transmitir a sus obras, siempre excelentemente modeladas, un sentido característico de majestad y nobleza (2).

Los bocetos que conocemos de su mano denotan su forma de trabajo. La maduración de sus ideas procedía de la machacona elucubración sobre el papel, mediante dibujos de trazos firmes, simplificando paulatinamente sus apuntes hasta llegar a un grado de definición de las formas que le permitía seguidamente pasar, con absoluta seguridad, al modelado en barro. Por eso en sus bocetos no se aprecia la espontaneidad de una obra creada con rapidez, sino el perfecto acabado de una idea largamente madurada y experimentada. No concedía espacio a la improvisación y la seriedad de su metodología queda patente en los resultados finales.

Como escultor representativo de su época no se pudo sustraer a los géneros en moda durante la segunda mitad del siglo XIX: los monumentos conmemorativos, el retrato, la escultura religiosa y los asuntos de Historia. Fue precisamente en este último género y en sus esculturas públicas en donde más sobresalió Barrón, no por haberse acomodado a los prototipos o formas habituales sino por haberles investido de una grandeza de espíritu y hasta de una argumentación novedosa. Sorprende en su obra la ausencia de teatralidad y sus personajes saben expresar no solamente estados de ánimo pasajero sino virtudes morales o espirituales, sentimientos patrióticos o de emulación. En este último aspecto fue un digno continuador de la mentalidad neoclásica, que utilizó para expresarse un lenguaje realista y consiguió reconstruir ambientes o personajes con absoluta fidelidad empleando criterios arqueológicos o historicistas. La fuerza y la tensión de sus figuras responden a la admiración que sintió hacia Miguel Ángel, auténtico inspirador del fuego interior que anima sus esculturas. En cambio su obras de asunto religioso ofrecen un carácter diferente, como si su fuente de inspiración hubiese sido otra muy distinta e incluso anterior, cuatrocentista, pero impregnada de una afectada sensibilidad dulzona, tierna y devota, muy alejada de los gustos actuales, siendo quizás lo más débil de su creatividad. De sus retratos solo se puede decir que todos coincidían en alabar su gran parecido con los modelos demostrando su habilidad en el manejo del mármol, con el que consiguió calidades de esfumatura y en otras ocasiones de minucioso acabado.

Su carácter, poco abierto, no fue propicio ni a la enseñanza ni a la colaboración con otros escultores. Por eso no conocemos el nombre de ningún discípulo, si es que los tuvo, y cabe entender su obra como producto enteramente personal, pudiéndosele responsabilizar en exclusiva de toda su grandeza y aciertos.

Nació Eduardo Barrón González el día 2 de abril de 1858 en Moraleja del Vino (Zamora). Sus padres, Vicente y Concepción, formaban un modesto hogar como tantos otros en el pueblo, y la familia integrada además por otros dos hijos, Natalio y María, vivía del oficio de zapatero remendón que ejercía el padre muy a pesar de las ínfulas hidalgas que se empeñaban en no olvidar el abuelo paterno.

Los primeros años del futuro escultor transcurrirían como los de todos los niños, sin sobresaltos, sin sentir la pena de la pérdida de su pequeña hermana Eulalia cuando murió, contando Eduardo cinco años. Los estudios elementales en la escuela del pueblo y el taller familiar en el hogar llenaron sus primeros años de adolescencia en los que comenzó a despertar su vocación por la escultura. De los garabatos infantiles pasó insensiblemente a los dibujos hasta que comenzó a utilizar sus dedos en el modelado de la arcilla y en la talla de la piedra más o menos dura.

Cuando contaba 17 años y se le apodaba «el moro» por sus rasgos faciales consiguió que el banquero D. Anastasio de la Cuesta, viendo sus cualidades y el oscuro futuro que le aguardaba en el pueblo, se ofreciese a costearle la estancia en la capital, pagándole tres reales diarios, para que asistiera el estudio del escultor Ramón Álvarez.

Estudio de Barrón en Roma
hacia 1886.





Medallones de la portada de la antigua Diputación de Zamora, 1881.

En el estudio de D. Ramón, situado junto al lugar que había ocupado la desaparecida Puerta de la Feria, adosado a la muralla de la ciudad, permaneció Barrón dos años. Sin duda, ayudaría al maestro en las obras que por entonces hacía y le sobraba tiempo para asistir a clase de dibujo lineal y de figura en el Instituto, ubicado en el antiguo convento de monjas franciscanas de la Concepción. También frecuentó la Sociedad Económica de Amigos del País y allí conoció a D. José de la Cuesta, senador por Valladolid, y a los hijos del Vizconde de Garci Grande, que junto con D. Anastasio fueron sus seguros valedores.

En 1877 la Diputación zamorana convocó una beca para costear en Madrid los estudios a un joven artista local. Eduardo fue el único opositor y sus méritos se pudieron comprobar en el examen al que presentó como ejercicio libre una «esfera que al abrirse en cuatro gajos contenía en su interior cuatro pasos procesionales en miniatura». Todo un homenaje a su primer maestro y una prueba más de la temática religiosa que todavía dominaba la escultura local. Poco antes de marchar a Madrid, coincidiendo con la visita que hizo a Zamora el joven Alfonso XII, se celebró un acto académico en el Instituto y Barrón, después de recibir de manos del Monarca un diploma, se dirigió al Soberano, en nombre de sus compañeros en un breve discurso (3).

En septiembre de aquel mismo año se matriculó en la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado y como la pensión de la Diputación no era muy crecida —dos pesetas diarias— tuvo que ayudarse para poder continuar sus estudios en Madrid con cierto desahogo económico, trabajando primeramente en el taller del escultor D. Elías Martín y después en el de D. Francisco Bellver. No frecuentaba excesivamente las aulas de la Escuela pero sus notas que empezaron siendo discretas acabaron siendo sobresalientes. Sus dotes personales, su intuición y su trabajo diario y esforzado en los estudios a que acudía, suplían en gran parte las enseñanzas oficiales (4). Sin embargo, entre el alumnado de la Escuela reclutó a sus mejores amigos: el pintor palentino Eugenio Oliva, el grabador riosecano Aquilino Cuervo, el pintor Francisco Maura y el escultor Miguel Angel Trilles y fue compañero de Ulpiano Checa, Montero y Calvo, Mañanós, Díaz, etc.



Al librarse de acudir al Ejército —fue sorteado en 1878— pudo trabajar más intensamente, efectuando incluso encargos particulares. De estos años datan los interesantísimos grupos infantiles, jugueteando con instrumentos médicos, colocados sobre la cornisa del anfiteatro del antiguo Hospital de San Carlos o su participación en la decoración de la desaparecida iglesia madrileña del Buen Suceso e incluso un grupo de la Piedad para la iglesia de las Angustias. Trabajos ciertamente menores, que sin embargo denotan, sobre todo en los grupos infantiles, cualidades de buen modelador y su facilidad para componer.

Sus continuas visitas al Museo del Prado para estudiar sus fondos de escultura antigua, por entonces desordenados y sin catalogar, o al Museo de Reproducciones Artísticas, inaugurado en 1879, ampliaban el horizonte de sus modelos académicos al tiempo que espoleaban su pasión por la Antigüedad haciéndole ilusionar con un imposible viaje a Italia.

En el curso 1881 terminó su carrera, obteniendo premio del Ministerio de Fomento y expidiéndole la misma Escuela título de Profesor de Dibujo. Sus paisanos de Moraleja se sumaron a este reconocimiento oficial y le entregaron un donativo similar al del Ministerio. Fue durante aquellas vacaciones estivales en Zamora cuando se ocupó de la decoración de la puerta de ingreso del nuevo palacio de la Diputación Provincial, en la que talló dos medallones en las enjutas del arco y unos finos grutescos, todo en estilo neorrenacentista, así como el escudo que corona el edificio.

Desde la prensa local se solicitó a la Diputación que financiara al joven y prometedor escultor la ampliación de estudios en el extranjero, a lo que accedió la Corporación provincial dotándole con una pensión anual de 2.500 ptas. para completar su formación en Roma, alcanzando así el artista el sueño irrealizable para otros muchos.

Después de sufrir las consecuencias de una afección palúdica, llegó a Roma y buscó inmediatamente la compañía de otros artistas españoles, acudiendo a la famosa Vía Margutta en la que se habían establecido Villegas, los Benlliure, Villoda, Sorolla, Díaz, Montero y Calvo, etc., y radicaba una popular academia dirigida por Gigi el famoso modelo que posó para Fortuny. Barrón se alojó en una pensión de la Vía Rippeta y empezó a trabajar con el escultor madrileño Felipe Moratilla.



Monumento a Viriato.
Zamora, 1884.

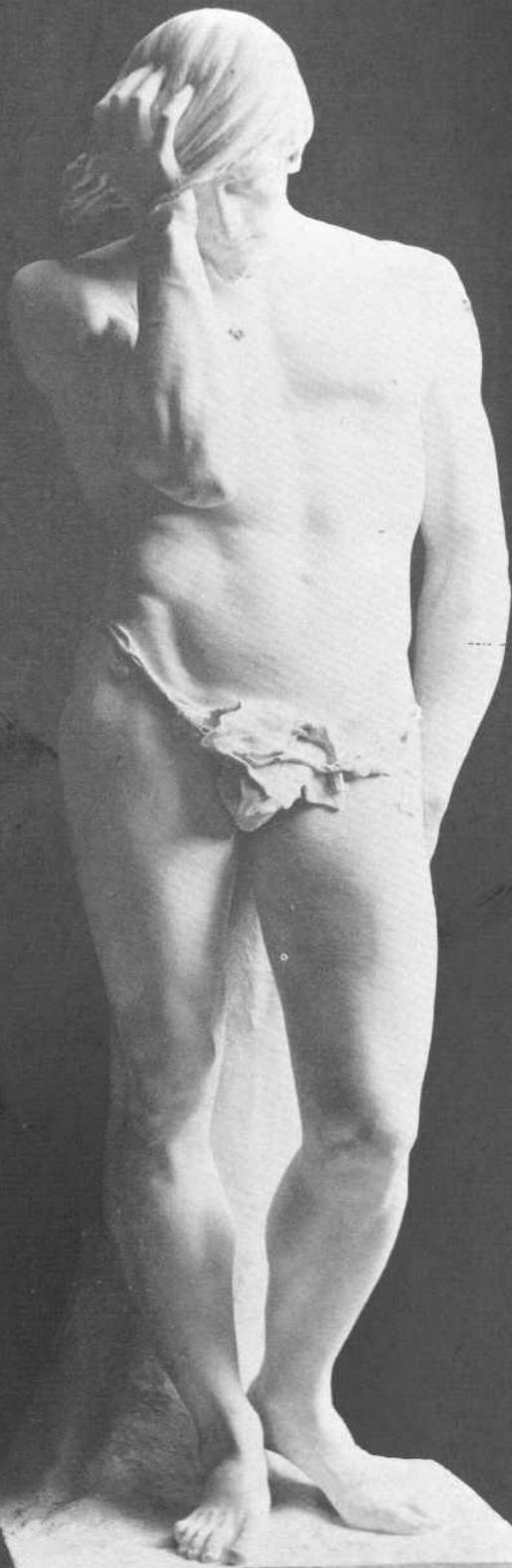
Se le permitió el acceso a la Academia de España en Roma, dirigida a su llegada por Francisco Pradilla y poco después por Vicente Palmaroli. Allí coincidiría con los escultores pensionados por el Gobierno, Torcuato Tasso y Antonio Moltó, seguramente muy animados por los éxitos que estaban obteniendo los becados que les habían precedido: Figueras, Bellver y Oms. Fue en aquel ambiente en el que comenzó a trabajar en su escultura de **Viriato**, concluida en los primeros meses de 1883 y cuyo barro consiguió muy favorable acogida por la crítica romana que comprendió el temperamento artístico genial que poseía Barrón con sólo 25 años (5). A su estudio romano acudió aquellos mismos días un viejo amigo zamorano del escultor, José M.^a Espinosa, hijo del Vizconde de Garci Grande que viajaba con su esposa por Italia y a los que retrató el escultor en dos bustos que posteriormente pasó a mármol.

Dejó sin concluir estos trabajos para regresar a Madrid con el fin de presentarse a la oposición convocada por la Academia de Bellas Artes para dotar las plazas de pensionados en Roma. Precisamente en la anterior convocatoria, celebrada en julio de 1883, no se cubrió ninguna de las vacantes y el escultor no quiso perder la oportunidad en la segunda. La oposición fue reñida pues optaron a la beca escultores como Querol, Folgueras, Trilles, Carretero, etc; sin embargo, el jurado se inclinó, en enero de 1884, por conceder a Barrón el primer puesto, correspondiendo la segunda pensión a Querol. Los ejercicios consistieron en modelar un grupo de **Apolo y Marsias** y una figura de **San Juan Bautista**, evocando el de Barrón originales de Cano. La pensión se dotaba con 3.000 liras anuales y la duración de la beca concluiría en 1888 (6).

Poco después de celebrarse la oposición y antes de regresar a Roma, ahora como pensionado del Gobierno, realizó un retrato, en busto, del Obispo de Zamora D. Tomás Belesta y Cambeses, al que había conocido en Roma, y se ocupó de preparar debidamente su escultura de Viriato, en bronce, que iba a figurar en la Exposición Nacional de aquel año (7).

El día 1 de mayo de 1884 marchó a Italia y al poco tiempo de llegar se enteró del gran éxito que había tenido en Madrid su **Viriato** al que se concedió medalla de plata de primera clase de la Exposición (8), obteniendo Mariano Benlliure por su **Accidente** (el monaguillo) la de plata de segunda clase.





Santa Eulalia de Mérida
ante Daciano.
Madrid, iglesia de San Francisco
el Grande, 1885-1886.

Adán después del pecado.
Madrid, Ateneo, 1888.



Durante su segunda estancia romana trabajó asiduamente en su estudio de la Academia española, un estudio no muy cómodo por su excesiva humedad, al estar «situado en el jardín inferior y apoyándose una de sus paredes en el jardín superior y pasando por debajo del pavimento las aguas» a consecuencia de lo cual contrajo una bronquitis crónica y tuvo que suspender sus trabajos para recuperarse viajando por diversas ciudades, a pesar de lo cual cumplió puntualmente con las obligaciones como pensionado de número que se regían por el Reglamento dictado en 1877 (9).

El primer año (1884-1885) debía de entregar «dos figuras dibujadas al natural del antiguo, de tamaño mínimo de 0,48×0,61 m. y un estudio del modelo vivo, desnudo en todo o en parte, en alto relieve, o una estatua de 1 m. por lo menos». Barrón presentó además de los dibujos (hoy no localizados) una estatua, desnuda, que tituló **Adán** (Madrid. Ateneo) para la que hizo varios modelos de diferentes tamaños. Al terminar el segundo año de pensión (1885-1886), el Reglamento prescribía la entrega de un «bajo relieve original de asunto sagrado o profano, que no sea menor de 1,40 m». El artista presentó su extraordinario relieve de **Santa Eulalia de Mérida ante Daciano** (Madrid. Iglesia de San Francisco), bajo el lema «credo in unum Deum». El tercer año el pensionado tenía que realizar «el modelo para la estatua que habrá de ejecutar en el cuarto y último año» y «al terminar el cuarto año, la estatua, vaciada en yeso y del tamaño de 1,70 m., por lo menos, sin el plinto», además de una memoria razonada sobre Escultura. Cumpliendo con estos requisitos Barrón modeló (1886-1888), no una estatua, sino un grupo escultórico que tituló **Roncesvalles**, después de haber rechazado la idea de modelar otro grupo de «Caín y Abel» y redactó una curiosa memoria titulada «Idea general sobre los principales autores en la escultura italiana» (10).



MARCO BRILLO
F.lli. Scultori
Via S. Andrea 10
LIVORNO

1058

Roncesvalles,
obra no conservada,
1886-1888.



Retrato de Barrón, 1890.

Al tiempo que se ocupaba de sus trabajos académicos, completaba su formación viajando por Italia para estudiar en Florencia a Miguel Angel o las antigüedades clásicas de Nápoles, Pompeya y Herculano, pudiéndose apreciar en sus obras la admiración que tenía por ambos ejemplos. Incluso contrató obras con destino a particulares, como el monumento sepulcral de la familia Borchí (Roma. Cementerio Campo Verano) o la decoración escultórica de la capilla española de San José en la Basílica de Loreto.

En 1886 firmó el contrato para realizar en mármol de Carrara la escultura del santo titular—**San José con el Niño**— y al año siguiente el de los relieves de **Santa Teresa propagando la devoción de San José** y el Papa **Pío IX declarándolo patrón de la Iglesia Universal** (11). Estos serían los últimos trabajos importantes que hizo en Roma ya que su pensión concluyó el día 1 de mayo de 1888. Atrás quedaban cuatro años de serios y metódicos estudios y ahora tenía que demostrar en España que sus obras no defraudaban la confianza que en él se había depositado.

Regresó a Madrid y montó su estudio en la Glorieta de Atocha, poniéndose inmediatamente a modelar el boceto de una escultura de **Hernán Cortés**, cuyo monumento se había decidido erigir en Medellín (Cáceres). El encargo, en el que trabajaba en febrero de 1889, lo había conseguido gracias a su amistad con D. Alejandro Groizard a quien había conocido de Embajador Extraordinario ante la Santa Sede y que entonces era Senador por Badajoz. No pudo tener mejor presentación en España; además su grupo de Roncesvalles mereció la calificación especial de «mención honorífica» en la Exposición Nacional de 1890 (12). El monumento a Hernán Cortés se inauguró en el mes de diciembre de este último año y la Reina D.^a Cristina, que visitó su estudio, le concedió el título de Caballero de la Orden de Carlos III.

Es curioso destacar que Barrón no tuvo deseos de dedicarse a la enseñanza como hicieron tantos otros artistas a su vuelta de Italia. Tal vez en ello influyó la facilidad que inmediatamente tuvo para recibir encargos importantes y sobre todo su propio carácter, volcado más hacia la investigación que a la docencia. Consiguió su estabilidad económica definitiva en 1892 al ser nombrado Conservador-Restaurador del Museo del Prado, entonces bajo la dirección de D. Federico de Madrazo. Quizás se eligiera a Barrón para este cargo por su sensibilidad y por la preparación técnica y científica que había conseguido en Roma. Ahora podría realizar uno de sus sueños: la ordenación sistemática de los fondos de escultura del Museo.



Cristóbal Colón.
Salamanca, Plaza de Menores,
1893.

Hernán Cortés,
Medellín (Cáceres), 1890







Fray Diego de Deza.
Salamanca, convento
de San Esteban, 1892.

Aquel año fue especialmente fructífero para el escultor. Con destino al palacio de la Biblioteca y Museo Arqueológico efectuó un medallón representando al poeta y bibliotecario **Benito Arias Montano** y la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América le brindó la ocasión para realizar otro monumento público. En Salamanca se convocó un concurso para hacer una estatua dedicada a **Cristóbal Colón** al que acudieron exclusivamente Barrón y el sevillano A. Susillo. Los jueces se inclinaron por el proyecto del primero, más sencillo que el presentado por el escultor andaluz. Unos meses antes había hecho otro medallón, en bronce, dedicado en esta ocasión al dominico **Fr. Diego de Deza**, destinado a la portería del convento de San Esteban de aquella misma ciudad.

Con su amigo Aurelio Carretero asistió al poeta vallisoletano José Zorrilla en sus últimos momentos y ambos artistas obtuvieron en Enero de 1893 la mascarilla funeraria de su rostro (13). El círculo de amistades había aumentado considerablemente, aunque siempre en función de las tertulias que se celebraban en casa de los Groizard a las que acudían entre otros el escritor Juan Varela, el general Martínez Campos y los políticos Antonio Maura y Castelar. La deuda de amistad con D. Alejandro la saldó el artista haciéndole un retrato en busto (Ollauri. Rioja) y un medallón con el de su hijo Carlos (Idem). Muy probablemente el retrato, en mármol, que efectuó a **D. José de la Cuesta** tuvo también su origen en el reconocimiento por la ayuda que siempre le había brindado su familia.



La Minería y la Industria.
Madrid, Escuela de Minas, 1895.



Después de asistir en septiembre de 1893 a la inauguración del monumento a Colón en Salamanca, Barrón visitó Zamora y sería entonces cuando D.^a Tomasa García de Bujanda y Espada le encargó la realización de su curioso **escudo**, en el que no se atuvo a las leyes heráldicas e hizo gala de una imaginación en consonancia con el carácter extravagante de la señora.

El desahogo económico que le brindaba su puesto estable en el Prado —en 1894 fue nombrado además conservador del Museo de Arte Moderno— y sus encargos de escultura —en 1895 realizó el grupo de la **Minería y la Industria para la Escuela de Minas de Madrid**— le permitieron adquirir una pequeña propiedad agrícola, la dehesa de Santa Engracia en Carbajales de Alba (Zamora), de 75 hectáreas, que puso a disposición de su familia y de cuya explotación se ocupó su hermano.

Por entonces tenía novia pero sus proyectos matrimoniales tuvieron que suspenderse por circunstancias familiares imprevistas. Barrón vivía en una pensión de la madrileña Carrera de San Jerónimo y al casarse en 1898 con María Casanova, el matrimonio se instaló en un tercer piso de una casa en la calle Ferraz, disponiendo el estudio en la vecina calle de Benito Gutiérrez. Vivió pues en un barrio tranquilo, confortable y poblado por entonces de pequeños hoteles en los que vivían aristócratas y burguesía acomodada. En aquel hogar nacieron sus dos hijos: María Concepción y Eduardo Vicente el cual, muchos años después, ha evocado aquellos momentos felices de su familia.



Las tentaciones de un Santo.
Zamora, Museo Provincial,
hacia 1897.

Arias Gonzalo.
Proyecto no realizado, 1902.



FESTAGIONE



Las tentaciones de un Santo.
Zamora, Museo Provincial,
hacia 1897.

Arias Gonzalo.
Proyecto no realizado, 1902.





D. Emilio Castelar.
Cádiz, Plaza de Castelar, 1905.

Los trabajos de catalogación y restauración de esculturas en el Museo no le impedían concentrarse en sus propias obras o prestar ayuda a sus amigos, como Gabriel Borrás, que en 1901 alcanzó segunda medalla en la Exposición Nacional con un grupo de **Tentaciones de San Antonio** cuya inspiración correspondía a Barrón. Tampoco olvidó su Viriato que había concebido para instalar como monumento público y permanecía expuesto en el Museo de Arte Moderno.

Sabía muy bien que Zamora no contaba con ninguna estatua colocada en jardín o plaza pública y después de intentar remediar esa ausencia haciendo en 1902 el boceto para un monumento al héroe zamorano **Arias Gonzalo**, consiguió que en 1903 el Gobierno depositara en su ciudad la estatua de Viriato, diseñando entonces el atrevido pedestal que soporta «**terror romanorum**» y que había sido modelada hacía 20 años.

Todavía le faltaba al escultor conseguir la más alta recompensa otorgada en una Exposición Nacional. Contaba 46 años cuando acudió en 1904 con su monumental grupo de la **Educación de Nerón** (Nerón y Séneca) al certamen de aquel año y el jurado supo reconocer la extraordinaria categoría de la pieza presentada por Barrón que hizo alarde de todos sus conocimientos arqueológicos interpretándolos con gran naturalidad. La primera medalla de oro de la Exposición significó para el artista la culminación de su carrera, poco densa en obras, pero todas magistrales (14).

En fecha inmediata recibió el encargo del Ayuntamiento de Cádiz para hacer una estatua de **D. Emilio Castelar**. Fundido en bronce, el monumento se inauguró en 1905 con asistencia del escultor. Se le nombró Académico de Bellas Artes de Cádiz y se solicitó del Gobierno la concesión de la Encomienda de número de Alfonso XII (15) por haber cumplido en el plazo previsto y haber sabido trasladar al bronce la pasión y elocuencia oratoria del tribuno gaditano.

Su catálogo de la Escultura del Museo del Prado lo publicó en 1908 y constituye la mejor prueba documental de su honradez científica. Minucioso, sencillo y escrito con una pulcritud de estilo correctísimo, representó una seria aportación al estudio de la escultura clásica conservada en España, siendo probablemente el último argumento que convenció a la Real Academia de San Fernando para nombrarle Académico de Bellas Artes.

Ingresó en esta Institución en 1910, ocupando el sillón que había dejado vacante su viejo maestro D. Elías Martín. En su recepción pronunció un interesante y avanzado discurso sobre «Conservación de las esculturas antiguas destinadas a la exposición pública» (16) en el que propugnó la creación de centros oficiales en los que se enseñara a restaurar obras de arte.

Muy poco pudo trabajar en la Academia, incluso, sin saberlo había ya realizado su última obra escultórica —la placa conmemorativa de los médicos militares muertos en campaña (Madrid. Hospital de Carabanchel)—. Tampoco pudo empezar el relieve con el tema de «la entrada de Alfonso XII en Madrid» que le acababan de pedir para el monumento del parque del Retiro, ni siquiera puso en marcha su idea, auspiciada por el II Marqués de Comillas, de organizar clases de dibujo y modelado para obreros. La muerte le sorprendió de repente, en la calle, como quien dice a la vuelta de la esquina, saliendo de la Real Academia y encaminando sus pasos hacia el Museo del Prado. Murió el jueves 23 de noviembre de 1911, cuando contaba solamente 53 años.

(1) Para el estudio de la escultura llamada realista cfr. M. Rheims, **19 th. Century Sculpture**, New York, 1977 y J. Martín Medina, **La escultura española contemporánea (1800-1978)**, Madrid, 1978.

La obra de Eduardo Barrón fue brevemente estudiada por E. Serrano Fatigati («Escultura en Madrid desde la segunda mitad del siglo XVI hasta nuestros días», **Boletín de la Sociedad Española de Excursiones**, 1911, pp. 256-261).

Su hijo Eduardo Barrón Casanova ha publicado una biografía (**Barrón. Un escultor olvidado**, Madrid, 1977), llena de noticias interesantes sobre Barrón y otros artistas de la época, que ha sido recensionada por E. Arias Inglés en **Archivo Español de Arte**, 198, p.

(2) Discurso de ingreso de Miguel Ángel Trilles en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1913, al ocupar el sillón vacante de Eduardo Barrón.

(3) Los primeros años de Barrón fueron biografiados por Mariano Pérez en la revista **Zamora Ilustrada**, n.º 25, 24-VIII-1881, p. 6.

En la misma revista (31-VIII-1881) se publica un dibujo realizado por Barrón representando el Paseo del Bosque de Valorio.

Sobre Ramón Alvarez cfr. G. Ramos de Castro, «Ramón Alvarez y su escuela», Actas del II Congreso Español de Historia del Arte, Valladolid, 1978, p. 157.

(4) M. Pérez, *idem*.

(5) Las críticas italianas y españolas de la escultura de Viriato fueron puntualmente recogidas en un artículo de U. Alvarez Martínez titulado «Zamora en Roma», publicado en **Zamora Ilustrada**, 28-IV-1883.

(6) M. Bru Romo, **La Academia Española de Bellas Artes en Roma**, Madrid, 1971, p. 69.

(7) El 12 de Diciembre de 1882 escribió desde Roma al Obispo de Zamora solicitando su ayuda para gestionar ante la Diputación zamorana la fundición en bronce de la estatua de Viriato que por entonces modelaba y cuyo tamaño estimaba en tres metros y medio o cuatro.

Conocemos la carta, conservada en el Archivo Diocesano, gracias a la generosidad de D. Ramón Fita.

(8) **Catálogo de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884**, Madrid, 1884, pp. 144-145, n.º 740. Presentó la estatua fundida en bronce. Mide 2 m. de altura y 75 cms. de ancho.

Ignoramos quién le proporcionó los medios económicos para fundirla en Roma, pues en la carta citada anteriormente expresaba al Obispo que carecía de recursos y cifraba la cantidad en 5.000 ó 6.000 francos.

B. de Pantorba, **Las exposiciones Nacionales de Bellas Artes**, Barcelona, 1948.

(9) M. Bru Romo, *ob. cit.* p. 286.

(10) Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid). Academia de Roma. Leg. 4340, exp. n.º 14.

(11) El contrato se encuentra firmado en Loreto, el día 6 de Agosto de 1886 (Archivo familiar de D. Eduardo Barrón Casanova). Primeramente se comprometió a realizar la escultura de **San José con el Niño**, de pie, pero posteriormente (15-X-1887) se decidió que el grupo fuera sedente. Los relieves se concertaron en Loreto el día 22 de Junio de 1887 (Archivo familiar de D. E. Barrón Casanova).

El director de las obras de la capilla fue el célebre arquitecto G. Sacconi.

(12) Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (Madrid). Academia de Roma. Leg. 4340, exp. 8 y exp. 14. El boceto mereció igualmente mención honorífica.

(13) J. Urrea, **La escultura en Valladolid de 1800 a 1936**, Valladolid, 1980, p. 33.

(14) En esa misma Exposición obtuvo segunda medalla, en la especialidad de artes decorativas, por un pequeño trptico (cfr. B. de Pantorba, *ob. cit.*).

(15) En 1904 se le había concedido la Encomienda de Alfonso XII. En 1911 le entregó la Cruz del mérito Militar. Fue nombrado también miembro de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes de Cádiz.

(16) **Discursos leídos ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en la recepción pública del Ilmo Sr. D. Eduardo Barrón el día 11 de Diciembre de 1910**. Madrid, 1910. Fue contestado por el Excmº Sr. Duque de Tovar.



Eduardo Barrón,
hacia 1910.
Colección familia Barrón.

CATALOGO PROVISIONAL DE OBRAS DE EDUARDO BARRON

I. OBRAS CONSERVADAS:

Grupos infantiles

Yeso.

Madrid. Hospital de San Carlos.

Realizados hacia 1878-1880.

Medallones y escudo del palacio de la Diputación Provincial de Zamora

Piedra.

Gratuitamente se ha querido identificar a los personajes que figuran en los medallones con D. Daniel Almazán y D. Ildefonso Avedillo.

En la decoración de grutescos aparece una cartela con las iniciales E. B.

Ejecutó esta obra en 1881.

Viriato

2 m. Bronce.

Zamora. Plaza de Cánovas.

Depósito del Museo de Arte Moderno de Madrid.

Premiada con medalla de plata en la Exposición de 1884. Realizó varios modelos de pequeño tamaño, algunos en bronce.

Adán después del pecado

0,60 × 2,10 m. Yeso.

Madrid. Ateneo. Depósito de la Real Academia de San Fernando.

Realizado en 1888.

Fue el primer envío de Barrón como pensionado de número en Roma. Hizo varias réplicas de diferente tamaño del mismo asunto.

Santa Eulalia de Mérida ante Daciano

1,95 × 3,12 m. Yeso.

Madrid. Iglesia de San Francisco el Grande.

Mención honorífica en la Exposición de la Academia Española en Roma en 1887. Constituyó su envío de pensionado del año 1885-1886.

Monumento funerario de la familia Borch

Piedra y mármol.

Roma. Cementerio Campo Verano.

Retrato de D. José María de Espinosa

Mármol.

Alba de Tormes, Salamanca. Colec. familia Garci Grande.

Hecho en Roma en 1883.

Retrato de la Señora de Espinosa

Mármol.

Alba de Tormes, Salamanca. Colec. familia Garci Grande.

Hecho en Roma en 1883.

* **Retrato del Obispo Tomás Beleta y Cambeses**

0,95 × 0,75 m. Mármol.

Zamora. Diputación Provincial.

Predicador de Isabel II, Rector en Salamanca y patrocinador de diversas Escuelas Normales, fue promovido a la sede zamorana el 16-XII-1880. Tomó posesión el 25-III-1881 y murió el 6-IV-1892.

El busto está firmado y fechado en Roma en 1888.

* **Retrato de D. Félix de Galarza y Díez Olaso**

0,60 × 0,35 m. Yeso.

Zamora. Colec. familia Sacristán Galarza.

Fechado en 1885.

San José con el Niño. Santa Teresa propagando la devoción de San José. Pío IX declarándolo patrón de la Iglesia Universal.

Mármol de Carrara.

Loreto. Basílica.

Realizados entre 1886 y 1888.

Hernán Cortés

3 m. Bronce.

Medellín, Cáceres.

En 1853 se pensó en erigir un monumento al héroe extremeño, pero el monumento no se encargó hasta 1883. Fue inaugurado el 2-XII-1890.

Medallón de Benito Arias Montano

Piedra.

Madrid. Biblioteca Nacional.

Fray Diego de Deza

Bronce.

Salamanca. Convento de San Esteban.

Instalado en mayo de 1892.

Cristóbal Colón.

3,30 m. Bronce.

Salamanca. Plaza de Menores.

Inaugurada el 9-IX-1893.

S. Ignacio de Loyola.

Madrid. Chamartín. Colegio de Jesuitas.

* **Escudo de D.ª Tomasa García de Bujanda y Espada**

1,60 × 1,11 m. Piedra.

Zamora. Museo Provincial.

* **Retrato de D. Alejandro Groizard**

Bronce.

Ollauri, Rioja. Colec. familiar Greus-Romero de Tejada.

Hecho en 1884.

Retrato de D. Carlos Groizard

Yeso.

Ollauri, Rioja. Colec. particular.

Monumento funerario de D. Francisco Durán y Cuervo

Madrid. Cementerio de San Justo.

Realizado en 1895.

* **Fides Vincit**

0,52 m. Yeso.

Zamora. Museo Provincial.

Alegoría de Santa Eulalia. Hizo al menos cuatro réplicas.

* **Retrato de D. José de la Cuesta.**

Mármol.

Valladolid. Colec. familia Novella de la Cuesta.

La Minería y la Industria

Piedra.

Madrid. Escuela de Minas.

Las alegorías sostienen el escudo de España. Trabajo realizado en 1895.

* **Las tentaciones de un santo**

0,87 m. Yeso.

Zamora. Museo Provincial.

De hacia 1897. Extraña la coincidencia con el mismo tema realizado por Gabriel Borrás en 1901, en cuyo proceso intervino Barrón.

* **La educación de Nerón (Nerón y Séneca)**

1,35 × 2,60 × 1,48 m. Yeso.

Córdoba. Ayuntamiento. Depósito del Museo de Arte Moderno de Madrid.

Barrón hizo cuatro modelos en tamaño reducido (0,43 m.), uno de los cuales, en yeso, se conserva en el Museo Provincial de Zamora. *

Fue su obra más importante y con la que consiguió medalla de oro en la exposición Nacional de 1904.

* **Tríptico de metales**

2,25 × 0,60 m.

Madrid. Colec. familia Barrón.

Obtuvo segunda medalla de Artes Decorativas en la Exposición Nacional de 1904.

Monumento a D. Emilio Castelar.

2 m. Broce.

Cádiz. Plaza de Castelar.

Inaugurado en 1905.

* **Mater amabilis**

0,58 m. Yeso.

Zamora. Museo Provincial.

Boceto del medallón colocado en el panteón familiar de los Groizard en el Cementerio madrileño de San Isidro.

Placa conmemorativa de los Médicos Militares muertos en campaña.

Madrid. Hospital de Carabanchel.

Inaugurada en 1910.

Existe el boceto de la placa, con unas medidas de 0,60 × 0,63 m. Yeso.

Zamora. Museo Provincial.

* **Autorretrato de Barrón**

1,05 × 1,05 m. Oleo.

Madrid. Colec. familia Barrón.

En el que iba colocando todas sus condecoraciones.

II. **OBRAS NO CONSERVADAS:**

Virgen con el Niño

Santo dominico

Piedad

Realizada para la iglesia de las Agustinas de Madrid. Fue destruida en 1936.

Roncesvalles

Yeso.

Realizada en Roma en 1886-1888. Fue donada por el escultor a la ciudad de Pamplona para recordar la gesta del héroe Bernardo. Mereció la calificación de mención honorífica en la Exposición Nacional de 1890.

III. **OBRAS EN PARADERO IGNORADO:**

Retrato de un hijo del pintor Vicente Palmaroli.

Realizado en Roma en 1886.

Retrato de Virginia Groizard

Realizado en Roma en 1885.

Soledad

Figura de maja hecha en Roma en 1885. Fue regalada por el escultor como donativo a los damnificados de las inundaciones de Murcia.

Il babbo (El padre).

Hecho en Roma en 1886.

IV. **PROYECTOS REALIZADOS:**

Monumento al duque de Santoña

Se habría colocado delante de las escuelas de Santoña, Santander.

Monumento sepulcral del duque de Santoña

Se pensaba realizar hacia 1889 por la duquesa viuda.

Monumento al General D. Antonio Ricardos

Pensado ser erigido en Barbastro, Huesca. En él se encontraba trabajando en 1894.

Monumento a Arias Gonzalo

Pensado erigir en Zamora. Realizó, al menos, dos bocetos. En él trabajaba en 1902.

* Obras incluidas en la exposición.

Esta exposición antológica ha sido posible gracias a la colaboración de: Diputación Provincial de Zamora, Ayuntamiento de Zamora, Ayuntamiento de Córdoba, Museo Provincial de Zamora, Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, Archivo Histórico Provincial de Zamora, Ayuntamiento de Moraleja (Zamora); Familias Barrón Casanovas, Sacristán Galarza, Greus-Romero de Tejada, Novella de la Cuesta; D. Eduardo Capa, D. José Luis Coomonte y D. Julián Gutiérrez de la Cuesta

y a todos los que de una forma u otra han colaborado en este proyecto.

Patrocinan y Editan:
CASA DE CULTURA
INSTITUTO DE ESTUDIOS ZAMORANOS
«FLORIAN DE OCAMPO»
MUSEO PROVINCIAL DE ZAMORA

Coordinación:
Sonsoles Vallina.

Textos:
Miguel Angel Mateos.
Jesús Urrea.
Claudio Rodríguez.

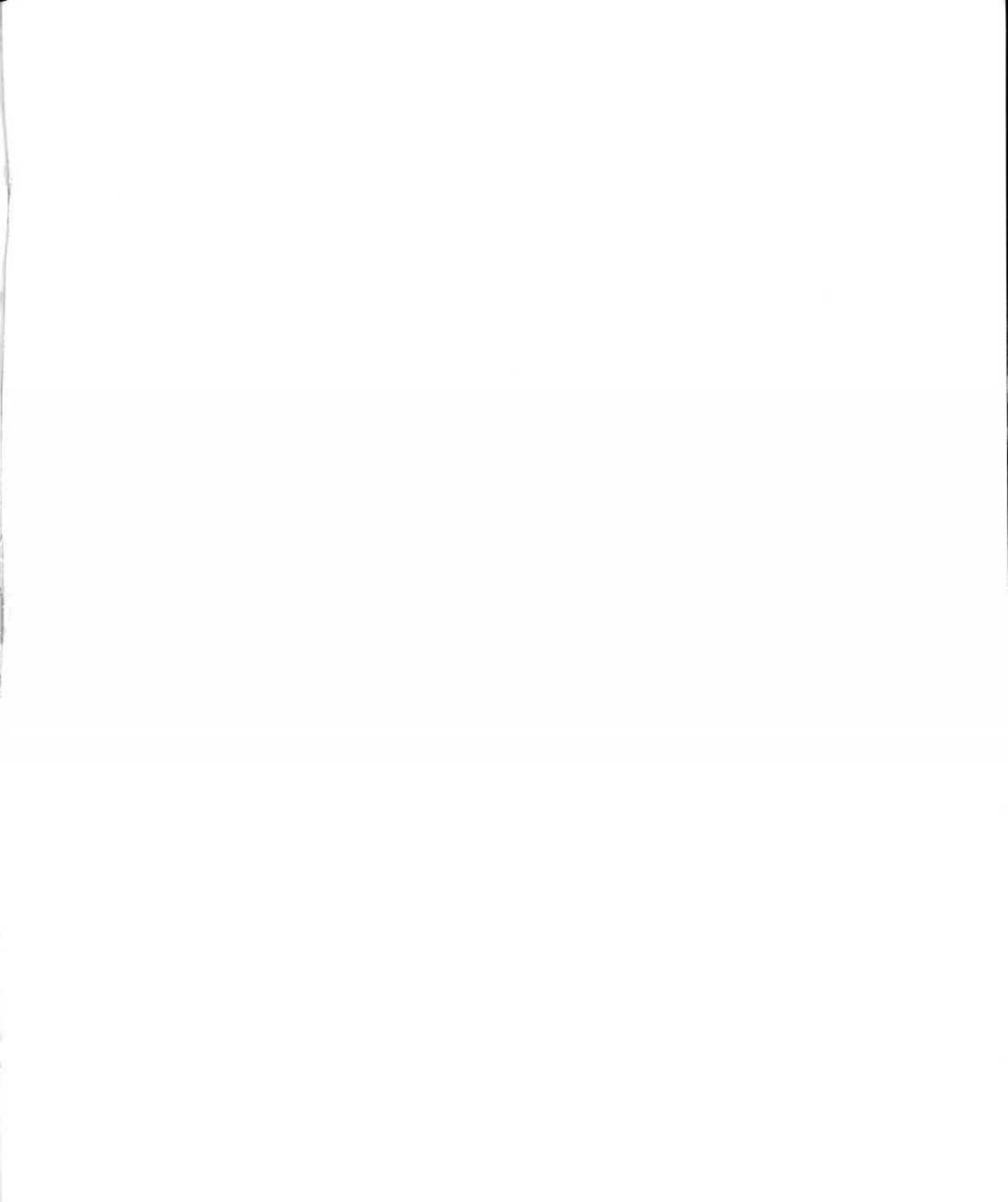
Maqueta:
Angel L. Esteban Ramírez.

Fotografía:
Filuco, Heptener, Quintas, Somoza.

Imprime:
Gráficas Heraldo de Zamora
Santa Clara, 25 - Teléfs.: 5:1722-511302
Zamora

Depósito Legal: ZA. 1985, N.º117

CASA DE CULTURAL DE ZAMORA
Del 20 de Junio al 21 de Julio de 1985.
Laborables, de 7 a 9,30, tarde; festivos, de 12 a 2





G-80774